Rosas rojas y hojas muertas, en la despedida de Yves Montand

El cantante y actor fue enterrado junto a Simone Signoret, su mujer durante 30 años

JAVIER VALENZUELA, **París**

Los famosos le despidieron con rosas; el pueblo de París, con hojas muertas. A Yves Montand, que detestaba los entierros, no le hubiera disgustado el suyo. Fue breve, silencioso y emocionado. Desde ayer, el actor, cantante y activista político reposa junto a Simone Signoret, que durante más de tres décadas fue su esposa. La actriz y escritora había fallecido en 1985. Un abedul hace la guardia junto a la sepultura de la pareja, en el histórico cementerio parisiense del Père Lachaise. A cuatro pasos se encuentra la avenida de los Combatientes Extranjeros Muertos por Francia.

Tras una noche lluviosa, el día amaneció húmedo y gris, uno de esos clásicos días del otoño parisiense en que, como cantaba Montand, las hojas muertas se recogen con palas, al igual que los recuerdos y las penas. Y sin embargo, desde las siete de la mañana, cientos de personas se agolpaban ya ante la entrada principal del cementerio del Père Lachaise. Aún faltaban tres o cuatro horas para que Montand emprendiera su último viaje desde el bulevar Saint-Germain al camposanto, pero esas personas temían no encontrar un buen lugar en las colas que pronto iban a formarse.

En las alamedas del Père Lachaise, a la vera de los castaños de Indias, los cipreses y los pinos, en mausoleos y tumbas de piedra gris, recordados por epitafios que ensalzan la libertad, la justicia, la ciencia y el arte, un montón de personajes ilustres esperaban a Montand. En primer lugar, Simone Signoret, a cuyo lado iba a ser enterrado. También la legendaria cantante Edith Piaf, la primera de las grandes mujeres que jalonarían la vida de Montand. Y Chopin, Molière, Modigliani, Oscar Wilde, Paul Eluard, Sarah Bernhardt, Jim Morrison y tantos otros escritores y artistas..

REUTER

Los actores Catherine Deneuve y Alain Delon, durante el entierro de Yves Montand.

Su pueblo

Hacia las diez de la mañana, el número de fotógrafos y cámaras de televisión colocados alrededor del lugar donde Montand iba a reposar para siempre tan sólo era superado por el de coronas de flores. Había una enviada por el movimiento polaco Solidaridad y otra del director de cine Jean-Jacques Beineix y todo el equipo de la película en el transcurso de cuyo rodaje Montand sufrió la crisis cardiaca que, el pasado sábado, puso punto final a 70 años de vida. Y no faltaba la de Monsummano, la localidad toscana en la que nació, con el nombre de Ivo Livi.

Llevando un estandarte azul con el escudo de la Comuna, el alcalde de Monsummano flanqueaba al actor Michel Piccoli, el político republicano François Leotard y el veteranísimo director cinematográfico Marcel Carné, que encabezaban el reducido grupo autorizado a penetrar en el cementerio y esperar la llegada del cortejo fúnebre. En un segundo plano, muy discretos, el periodista Serge July y, muy sombrío, el actor Alain Delon.

Acompañado de un inmenso Gérard Depardieu y de una bellísima Catherine Deneuve, los dos con gafas de sol, Jack Lang, el ministro de Cultura, se unió a este grupo. Luego llegaron el cineasta Costa Gavras, el cantante Patrick Bruel y el filósofo André Glucksmann. Y representantes oficiales de los partidos socialista y comunista.

A las once llegó el cortejo. Lo encabezaba un coche con el ataúd de Montand y una cordillera de coronas. Seguían autobuses, de los que descendieron Carole, la viuda de Montand y madre de su hijito, y Catherine Allegret, hija de Signoret. Luego, algunos amigos íntimos, como el escritor Jorge Semprún, el secretario de Estado francés para la Acción Humanitaria, Bernard Kouchner, y la periodista Christine Ockrent. Venían muy afectados.

La ceremonia fue breve. El féretro, sencillo, de madera clara, quedó depositado sobre la tumba abierta de Signoret, y las personas citadas y algunas otras desfilaron de una en una para arrojar una rosa roja. La escena era enmarcada por una corona enviada por el presidente de la República Francesa y un tapiz de flores rojas y blancas que representaba la silueta de un Montand tocado con sombrero de copa. No hubo sermones ni discursos. Montand detestaba este tipo de ceremonias.

Los famosos se fueron enseguida, y pudo comenzar el desfile del pueblo parisiense. Había gentes de varias generaciones, y todos empleaban las mismas palabras: "simpático", "tierno", "adorable", "pícaro" y, en el caso de las mujeres, "guapo". Miles y miles de personas habían tenido la misma idea: llevar hojas muertas. Alain, un bailarín de un club nocturno parisiense alcanzado por el sida, había consagrado la madrugada a hacer una preciosa composición con hojas recogidas en un parque.

Maurice, un camarero retirado, hizo un epitafio quizá definitivo: "Como él, yo soy de origen modesto. Como él, yo fui compañero de viaje del partido comunista. Montand creyó en una gran causa, se equivocó y tuvo el valor de confesarlo. Era formidable. La muerte de este hombre bueno es el fin de una época". Eso es, el fin de una época.

"La verdad es que he vivido bastante y he vivido bien"

J. V., **París**

Montand, hijo de un albañil italiano, y Signoret, judía polaca, encarnaron la exitosa integración de dos inmigrantes en una Francia republicana abierta a los cuatro vientos. Un modelo amenazado hoy por aquellos que, como el ex presidente Valéry Giscard d'Estaing, pretenden establecer el derecho de sangre como único modo de acceder a la nacionalidad francesa. Según los criterios de Giscard, Montand y Signoret no hubieran sido nunca franceses.

Y, sin embargo, los corresponsales norteamericanos que respondían ayer en el Pére Lachaise a las preguntas de una colega francesa contestaban por sistema: "Para el público norteamericano, Montand era la imagen perfecta del *french lover*, el amante francés". Montand, del que Marilyn Monroe se enamoró perdidamente, era el canalla elegante, el pícaro con clase que los anglosajones identifican con el seductor francés.

Una frase de Montand resume su vida. La pronunció en la noche del viernes, cuando los bomberos le llevaban desde el bosquecillo donde había estado rodando al hospital de Senlis. "Si algo me ocurre, no digan nada a mi hijo. La verdad es que he vivido bastante y he vivido bien".

Valentin, el único hijo del actor y cantante, aún no conoce la noticia. En la noche del martes al miércoles, el pequeño, de tres años y medio de edad, dormía junto a una canguro en la villa que Montand y Signoret habían comprado en Autheuil en 1955. En los días posteriores, cientos de personas habían depositado flores en las rejas de entrada de esa villa, llamada en el pueblo el *castillo blanco*.

Pues bien, en la noche del martes al miércoles, uno o varios desconocidos desvalijaron esa villa. La profanación, de la que la gendarmería no quería ayer dar detalles, pone otro cruel y realista epitafio a la vida del hijo de inmigrante antifascista que triunfó en Francia y desde Francia en el mundo entero.

Una galería acusa a otra de vetarla en Arco 92 por venganza

ANDRÉS F. RUBIO, **Madrid**

Eugenia Suñer, de la galería Sen de Madrid, ha acusado a la galería Gamarra y Garrigues, también de Madrid, de intrigar para que no le adjudiquen una caseta en la próxima edición de Arco, que se celebrará en febrero en el nuevo recinto ferial de Madrid. Suñer afirma que se trata de una venganza de Isabel Garrigues y Carmen Gamarra, representantes por Madrid en el comité organizador de la feria de arte contemporáneo Arco. Isabel Garrigues desmintió ayer la acusación, dijo que defendieron la presencia de la galería Sen en Arco y mostró su perplejidad ante el asunto, porque, dijo, "si hiciéramos una cosa así seríamos poco profesionales".

La directora de Arco, Rosina Gómez-Baeza, afirmó que una galería no puede determinar la ausencia de otra en Arco. "Eso que no lo digan, porque no es verdad", dijo. "Decidimos absolutamente todos, y los miembros del comité discuten entre ellos y si hay que votar se vota".

Eugenia Suñer, expositora en Arco durante 10 años y que en los últimos cinco ha presentado al Equipo Crónica, Úrculo, Rosa Torres, Eduardo Sanz, y Sanz y Úrculo, no se explica que haya sido relegada este año a una lista de espera. "Va a entrar; nunca una lista ha sido permanente hasta el final", dijo Gómez-Baeza. Suñer se lamentó de la humillación, tras 22 años "de profesión intachable", y dijo que se ha quedado fuera entre 88 representantes españoles, y hasta 210 contando a los extranjeros.

Código deontológico

El origen de la presunta venganza se remonta a mayo, cuando Suñer pidió la baja de la galería Gamarra y Garrigues de la Asociación Internacional de Galerías porque, según explicó, sus propietarias no firmaron un código deontológico sobre la relación con artistas y clientes. Suñer dijo que la galería Oliva Arauna, que tampoco firmó, se dio de baja, mientras que la galería Gamarra y Garrigues "contestó que el código se había aprobado y pudo seguir en la asociación". "Por una pelea ridícula me puedo quedar sin caseta. No se dan cuenta de la magnitud de lo que esto supone. Si yo llego a saber esto no hubiese hecho nada en lo del código", se lamentó Suñer. Y agregó: "Me están haciendo el boicoteo y no son valientes para decir que me están poniendo el veto por venganza".

Las galerías madrileñas Fúcares, Oliva Arauna, La Máquina Española y Gamarra y Garrigues son miembros del comité organizador Arco 92, que es rotatorio, con otras seis españolas y 13 extranjeras. "No sólo no es culpa nuestra, sino que se defendió a la galería Sen en el comité español", dijo Isabel Garrigues. "Es más, nos parece absurdo que no estén en Arco galerías que han apoyado la feria desde el principio". Garrigues calificó como "absurda" la suposición de Suñer y precisó que ni Gamarra ni ella estaban cuando se calificó la galería Sen durante la feria pasada. Estas calificaciones son analizadas luego por el comité.